

CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio 20 Centavos

AÑO IV

SANTIAGO, JUNIO 2 DE 1923

NUM. 90

EL CARTEL DE BOY

EL INSTINTO

El mundo está poseído por el demonio del mal. ¿Quién librará al hombre de las garras del terrible enemigo? Hay una fuerza latente en el fondo de las conciencias, un sentimiento de bondad que va haciendo más humanos a los hombres, un destello de luz que empieza a alumbrar en los ensombrecidos cerebros. Pero el instinto predomina: el instinto animal, primitivista, que suprime de un manotón toda nuestra cultura y trasplanta en nuestro siglo al hombre de las cavernas.

Hay que matar la bestia borracha de sangre: la bestia egoísta, patriótica, religiosa, fanática. La bestia que se esconde en el fondo de nuestra cultura y de un salto formidable se coloca frente a la vida despojada de los falsos oropeles de esta civilización asesina.



NOTAS SOBRE LA JUVENTUD LITERARIA DE CHILE

II.—“LOS NUEVOS” (1916-19)

Hay que hacer, previamente, una diferencia necesaria: podemos distinguir entre los “nuevos” unos que son más y otros menos; nuestro artículo de hoy se restringirá a éstos, entre los cuales contamos a Roberto Meza Fuentes, María Monvel, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Alberto Valdivia, Félix Armando Núñez, Arturo Torres Ríos, Fernando García Oldini y J. S. González Vera.

Roberto Meza Fuentes es, sin duda, el más conocido de todos: autor de un libro de iniciación que no merece ser analizado, tiene aún que publicar aquél que será el definitivo. Su obra inédita es considerable y corre en las más diversas revistas y periódicos, desde *La Selva Lirica* que hace algunos años fué el cuartel general de la ofensiva juvenil, hasta *Claridad*, abarcando un período no inferior a seis años durante los cuales nuestro autor ha ido afirmando su técnica y ampliando el campo en que corre—río tumultuoso—su poesía cada día más cercana a la inasible perfección formal.

María Monvel publicó en 1919 un volumen de versos titulado “*Remanso del Ensueño*”, voz vacillante y primeriza que no había aún encontrado para su verso el ritmo justo e irremplazable. En 1922 un nuevo libro más parco en composiciones, lo que nos indica sin lugar a dudas un certero trabajo de imitable selección, ha hecho que juntemos a su nombre adjetivos entusiastas. Bien femenina en su delicadeza, la poesía de la señora Monvel tiene innumerables cualidades, aun cuando sus versos se resientan todavía de cierta ausencia de colorido en medio del tono pasional que asciende y pide más empuje a la palabra, un vigor más entonado a la voz.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda tiene en su vida un manadero trágico, una surgente torrentosa de poesía que le ha suscitado la gran mayoría de sus versos. Sus poemas son, como su vida, torturados y amargos hasta la desesperación que anudara tantas veces su voz estrangulándola en el sollozo impotente. Ha publicado ya varios libros, entre los cuales “*La Torre*”, el último y más perfecto—Cifuentes Sepúlveda es un poeta que aún no cierra su ciclo de evolución—, representa acaso el hito postrero de aquella etapa terrible de su existencia pasada entre las paredes de una celda. Tiene nuevos poemas inéditos, en los cuales hemos podido notar fundamentales renovaciones en motivos y modos.

Alberto Valdivia es autor de “*Romanzas en gris*”, versos blandos y claudicantes como el crepúsculo que a cada rato—especie de lugar común personal—aparece en ellos. Parece que otras ocupaciones—en especial la música, arte en el cual tiene Valdivia una extensa y varia cultura—le han alejado de la poesía en que se iniciara con buena aunque tardía fortuna.

Félix Armando Núñez no es chileno: nacido en Venezuela de una familia patricia, de rancios entron-

camientos, se encuentra en Chile hace ya varios años y, según parece, no volverá a su país. Delicado como el son melifluido de la flauta, su verso es un prodigio de elegante sencillez, falto de complicaciones, sin retorcimientos ni arabescos verbales, estrictamente ajustado al sencillo ritmo cordial que a Núñez distingue. Acaso sea perjudicial, a la larga, para su poesía el que el máximo de desgracia que le ha tocado como lote de la vida al poeta sea la ausencia pasajera de la mujer amada y el pensamiento que se aleja a momentos de lo terreno y se hunde, anhelando infinito, insaciable, en el azul.

Arturo Torres Ríos, actualmente en Estados Unidos, donde se encuentra hace años, ha publicado en todas las revistas hispano americanas innumerables poemas y artículos y algunas traducciones de poetas yanquis. En 1920 publicó en Costa Rica su volumen lírico “*En el encantamiento*” y el año pasado, en aquel mismo país, un folleto sobre Walt Whitman, acompañado de algunas versiones de sus poemas. Torres es, como Meza Fuentes, un decorativista que ha logrado unir en su verso el heroico empuje sajón a esa ondulante gracia más o menos helénica que dejó como herencia lírica Rubén Darío.

Fernando García Oldini, autor de “*Y dolor, dolor, dolor...*” y de “*Vibraciones actuales*”, es un hombre inquieto e inestable en sus labores literarias. Ha escrito innumerables artículos de crítica musical, literaria y política, de actualidades sociales, de polémica y de sátira, algunos con el seudónimo ya popular de “*Claudio Rolland*”. Romántico de nueva data, ha dejado pasar ya cuatro años sin que salgan a la luz pública nuevos versos suyos, y dos sin que pueda afirmarse de él que pasó en definitiva de poeta a crítico. Conocedor de la moderna filosofía científica, ha escrito sobre algunos problemas de ésta en su estilo agilísimo y turbulento.

González Vera es el único prosista firme de cuantos hemos podido citar: nunca ha escrito versos o al menos no los escribirá. Le atrae la novela, y en sus cuentos ha descrito intensas escenas de la vida miserable de los conventillos, de la existencia fluctuante de esa gente humilde entre la cual ha estado largos años. Palpita en todas sus producciones una intención social redentora que va desde el cristianismo primitivo y austero que ha encontrado en sus lecturas repetidas de la Biblia, hasta el anarquismo individualista del presente, sin olvidar por cierto el sindicalismo apegado a la interpretación económica de las relaciones sociales. Su arma más poderosa es la ironía: carente de empuje oratorio, de la capacidad de elocuencia, de la amplia numerosidad que da la lógica, destruye con la sonrisa, aniquilla con el equívoco intencionado. Su labor periodística ha sido intensa y es bien conocida de los lectores de *Claridad*.

En nuestro próximo artículo analizaremos brevemente a los más

nuevos: a los que han nacido a la vida literaria de 1920 acá.

Raúl SILVA CASTRO

Memento: Sobre Roberto Meza Fuentes hay muchísimos datos en *Selva Lirica* (la revista y la antología), en *Numen* (Santiago y Valparaíso, 1918 y 19), en *La Pluma* (1919), etcétera, etc. En “*El jardín profanado*” (1916) hay también una autobiografía más o menos completa. Citar las revistas en que Meza Fuentes ha publicado poemas sería muy largo e imoficioso.—La señora Monvel ha publicado sus poemas en *Zig-Zag*, *Chile Magazine*, etcétera.—Sobre Joaquín Cifuentes Sepúlveda hay datos en *Claridad* (1920), fuera de algunas publicaciones regionales que han publicado sus versos o se han ocupado de sus libros.—Félix Armando Núñez publicó en 1920 o 21 unos artículos críticos sobre algunos poetas chilenos en “*Las Últimas Noticias*”; sus libros se titulan “*La luna del otoño*”, “*La Voz Intima*” y “*El corazón abierto*” (1919, 21 y 22).—Arturo Torres Ríos ha publicado poemas y artículos en *Cervantes*, *Cosmópolis*, *Nuestra América*, *Repertorio Americano*, *Nosotros*, etcétera, etc.—Fernando García Oldini ha escrito en *Selva Lirica*, en *Numen*, en *La Pluma*, en *La Epoca*, en *Juventud*, en *El Mercurio* y en muchísimas otras publicaciones. Su folleto “*Vibraciones actuales*” versa sobre Armando Donoso.—González Vera ha escrito en los mismos periódicos, menos *La Epoca* y *El Mercurio*. Fundó el año 1919, en compañía de otros jóvenes escritores, *La Pluma*, y desde 1921 escribe en *Claridad* número a número.

R. S. C.

“CLARIDAD”

Es lo que anuncia

“EL SOVIET”

Calzado muy durable, muy elegante y muy barato

Casa N.º 1: San Diego 658
Casa N.º 2: San Diego 428

Sastrería CHILE

ALEJANDRO CEPEDA

San Pablo núm. 1139, entre Bandera y Morandé.—Santiago

Casimires nacionales y extranjeros. — Materiales de primera. — Precios económicos. Recibo hechuras.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Deudores de ‘Claridad’

Para evitar que otros periódicos sean sorprendidos en igual forma comenzaremos a publicar los nombres de las personas que se han quedado con dineros de “Claridad”.

He aquí algunos: Valentín Cuevas, Cas. 16, Tocopilla—\$ 102.00
Consejo Federal — Limache — \$ 60.75.
Amador López, Talca—\$ 40.50.
José Devia, Casilla 3, Huasco—\$ 162.50.
Adolfo Majan Rivas, Angol—\$ 36.75.
Juan Carmona, Cas. 103, Tocopilla—\$ 54.00.
E. Ortíz, Calama—\$ 49.50.
Antonio Carvajal, Cas. 222, Oruro—Bolivia—\$ 66.15.
Eduardo López, San Fernando—\$ 34.25.
Germán Donoso, San Fernando—\$ 46.50.
Julio César Muñoz, Ovalle—\$ 12.
Pedro Barra García, Cas. 554, Iquique—\$ 30.80.
J. Osvaldo Cuevas, Cas. 215, Coquimbo—\$ 85.55.
Victor A. Muñoz, Concepción—\$ 37.
Gregorio Gallo, Coquimbo — \$ 64.25.
Arturo Mans, Cas. 64, Los Angeles—\$ 49.05.
Luis Riquelme, Talcahuano—\$ 90.00.
Luis Maldonado, Jimena 806, Guayaquil (Ecuador)—\$ 51.00.
Leoncio León, Municipalidad Traiguén—\$ 15.75.
Domingo Gómez, Gatico—\$ 101.25.
Clemente Alvarez, Toco—\$ 317.50.
García e Hidalgo, Talca—\$ 53.25.
Anacleto Serrano, Rancagua—\$ 71.00.
Luis A. Marchant, 3 Sur 1269, Talca—\$ 56.05.
Juan Riveros, Pella 116, Rancagua—\$ 75.00.
Oscar Zárate, A. Prat 175, Curicó—\$ 37.05.
Camilo Soto, Lota—\$ 192.00.
Carlos Devaud, Lautaro—\$ 18.
Gustavo Muñoz Cabrera, Notaría Ríos, Valdivia—\$ 40.50.
Clemente Barria, Cas. 13, Osorno—\$ 32.15.
Olegario Pérez, Maipú 2, Puerto Montt—\$ 36.75.
Valentín Yerviz, Cas. 414, Talca—\$ 28.20.
Rafael S. Rojas, Cas. 111, La Paz—Bolivia—\$ 59.25.
Ramón Tórtalo, Las Heras 63, Tucumán—Argentina—\$ 28.50.

PERIODICOS QUE UD. DEBE LEER

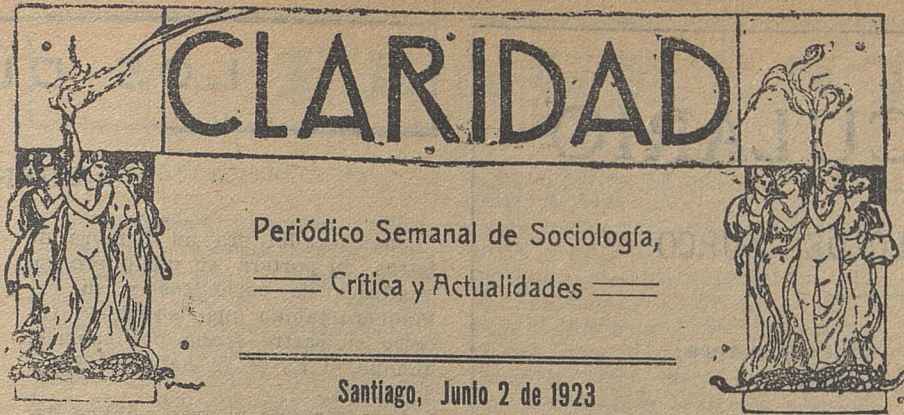
VERBA ROJA, de Santiago.
LA BATALLA, de Valparaíso.
EL SEMBRADOR, de Iquique.
LA PROTESTA, LA ANTORCHA, de Buenos Aires.

NECESITAMOS AGENTES

En Curicó, Rancagua, Río Bueno, La Unión, Limache, Angol, Melipilla, Cañete, Victoria, Aranco, Curanilahue, Mafel, Mallef, Constitución, San Bernardo, Las Comed, Potrerillos, Aconcagua, etc.

"CLARIDAD"

necesita el apoyo
espiritual y material
de los
hombres libres.



CLARIDAD no tiene opinión oficial. Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas. Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos. Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

MASISTAS

Una inteligente y prolífica inquietud, un afán liberador por una mayor y más valiosa cultura, deben ser los motivos de acción que logre hacer resurgir en la organización obrera el denominado revolucionario.

Entendiéndose siempre por tal, aquel ser capaz de elevar sus propósitos innovadores, sus ideas y su actividad, por sobre el vulgar e inocuo ajetreo puramente mejorativista, dentro de un sentido sólo económico.

La grande y noble misión, el bello radio a sus afanosos esfuerzos, deben ser, ineludiblemente, el perfeccionamiento moral, la elevación espiritual del conglomerado social en el cual actúa y expande sus verdades.

Sin embargo es tarea fácil el constatar, a quien penetre un tanto en el movimiento sindical, la rotunda negación que a la definición aquí esbozada acerca de la verdadera labor a realizar se dan los que se rotulan enfáticamente libertarios, con máximas pretensiones futuristas y todo un rico repertorio de poses truculentas, aterradoras de nenes.

En lugar de contribuir a disecar aquellas corrientes viciosas de carácter moral y material que empuercan el espíritu de los trabajadores, en lugar de arrasar el sedimento de rutina que alimenta y determina el embrutecimiento del pueblo, levantan, con tal carroña, un firme pedestal a sus groseras figurillas y construyen sólida trinchera tras la cual combatir a quienes critican sus tortuosas prácticas y las no menos falsas posiciones que ocupan.

Halagando las pasiones ancestrales de las multitudes, convirtiéndose en corifeos de esa ridícula panacea de la mayor pitanza, logran consolidarse en sus puestos, hacerse objeto de exhibición y barata admiración, realizando con ello una labor nefasta, negadora de todo principio libertario, favorable a un recrudescimiento de la falaz

idolatría popular, y sepultando a las organizaciones en la fosa de la inacción y el sedentarismo.

Los sindicatos cuentan en la actualidad con un porcentaje respetable de estos elementos estancadores de todo progreso moral.

Son un producto lógico de ese medio estrecho a toda difusión ideológica que predomina en los sindicatos. Se desarrollan y multiplican al saludable calor que produce esa tendencia sindical que todo lo cree resuelto tras la consecución de mejoras materiales, suprema aspiración y única salvadora ruta sobre la cual se pretende volcar las profundas y amplias aspiraciones del pueblo.

La brega que mantiene el individuo despojado de las taras exclusivamente estomacales, se estrella contra el ambiente de pétreo indiferencia que ha logrado crear en la masa el ganapán de sus miserables necesidades económicas. La fortaleza construida por el adaptable es recia; nada pueden a veces contra ella las rudas críticas del revolucionario veraz y sincero con sus principios. No se le escucha, se le repudia. Apareciendo como utopista, quijotesco en sus propósitos de emancipación, su acción es esterilizada por obra del paniaquado sindical.

La masa se aturde casi siempre ante el canto de sirena de quien le repite constantemente que la única salvación está resumida en el asalto a las efímeras y pueriles situaciones del centavo más, adormidera efectiva para la acción lealmente revolucionaria del pueblo.

Se hace necesario mencionar estos furúnculos que aquejan a las organizaciones obreras. Aunque se tache esta actitud de divisionista y carente de sentido de la realidad. No siempre se logra descubrir podredumbres sociales tras la careta de un revolucionarismo trashumante y bullanguero.

Victor YANEZ

Las Conferencias de M. Abel Rey

Las conferencias de M. Abel Rey reúnen todos los Miércoles un crecido público de estudiantes universitarios, profesores y damas distinguidas. Este número no ha disminuido desde la primera vez. ¿Han respondido, pues, las Conferencias a las enormes esperanzas que en ellas se fundaban? No lo creemos. Para muchos, por el contrario, han sido una desilusión. Los que prestan fe a las noticias de la prensa y a los rumores fabulosos que suscitaban, esperaban oír la palabra de uno de los grandes filósofos de Francia, y se han encontrado con un excelente profesor de la Sorbona tan excelente y preparado como nuestro propio profesor de Filosofía.

Otros, dos menos, han estimado que, aun como clases de Filosofía son sus clases un poco elementales.—“Pero si esto ya lo sabemos! han exclamado.—¿Qué idea tiene entonces este señor de nuestra cultura media?”

Yo creo que no tiene sino una idea muy justa, y que si en alguna de sus clases se hubiera remontado un poco en las regiones de la alta filosofía, se habría encontrado a la siguiente con que su auditorio se reducía a diez o quince profesores, media docena de estudiantes de verdadera cultura filosófica y unos cuantos snobs intelectuales, con o sin faldas.

Porque, decididamente, a nuestra juventud—que en este caso podría representar por lo menos la cultura media—no le interesan los estudios filosóficos. Es cierto que podríamos decir que no le interesa ninguna cosa, excepto ella misma, pero, al fin y al cabo, se le puede señalar una pequeña afición a la literatura y una más grande a los deportes, la oratoria y la política estudiantil.

Y ahora, cerrado este paréntesis, hablemos de lo mucho de bueno que, indudablemente, tienen estas Conferencias. En primer lugar, a los enamorados de la dulce y clara lengua francesa, tiene que agradarnos el que en ella se haga el elogio de Descartes, o se analicen los caracteres generales del espíritu galo. Y luego M. Abel Rey posee un gran claridad de exposición y usa un lenguaje franco, sencillo y salpicado siempre de frases ingeniosas y espirituales.

En sus conferencias públicas M. Abel Rey ha tratado de las ideas que dirigen la civilización francesa, y ha comenzado por definir los principales caracteres del espíritu francés. A la verdad, eso de los caracteres generales me resulta aquí, como casi siempre, un poco

arbitrario, porque si bien es preciso admitir que la claridad, la mesura y la elegancia son cualidades esencialmente francesas, no pasa lo mismo con otras. Por mi parte, yo no he podido convencerme aún de que la intuición sea una propiedad del espíritu francés y no lo sea del español o del italiano.

En sus cursos privados, ha hecho M. Rey hermosas clases sobre Descartes, con todo conocimiento y con grande admiración por este “héroe del pensamiento moderno” como lo llamó Hegel. Esas clases han sido verdaderamente agradables e interesantes. Y a todo esto hay que agregar el placer especial que nos produce el ver que ese nombre de Abel Rey, que antes habíamos visto sólo en las vitrinas de las librerías, sobre las tapas de una Psicología que no hemos leído, se anima repentinamente y llega hasta nuestra Universidad en el cuerpo de un hombre alto, robusto, de ojos penetrantes, cara sonrosada y hermosas barbas negras y patriarcales. Y este hombre se dirige a nosotros y nos habla de Francia y del “Discurso del Método”. Y tiene una gran simpatía, y un talento gracioso y espiritual.

Romeo MURGA

EDITORIAL "CLARIDAD"

Ya está en prensa el cuarto folleto de esta Editorial, titulado

Sindicalismo y Organización Industrial

Por M. J. Montenegro y J. Gandulfo

PRECIO: 40 Centavos

Apresúrese a hacer los pedidos a Casilla 3323, Santiago.

A LOS AGENTES 25 POR CIENTO DE DESCUENTO

Suscripciones a Claridad

Chile
Por un año..... \$ 10.00
Por medio año..... 5.00
Exterior
Por un año..... 15.00

Colecciones completas del año 1921 se encuentran a la venta al precio de 10 pesos cada una.

Toda correspondencia dirijase a

CARLOS CARO
Casilla 3323 — Santiago

CREPUSCULARIO

EL ESTRIBILLO DEL TURCO

FLOR el pantano, vertiente la roca:
tu alma embellece lo que toca.

La carne pasa, tu vida queda
toda en mi verso de sangre o de seda.

Hay que ser dulce sobretodas las cosas;
más que un chacal vale una mariposa.

Eres gusano que labra y operas:
para ti crecen las verdes moreras.

Para que tejas tu seda celeste
la ciudad parece tranquila y agreste.

Gusano que labras, de pronto eres viejo;
¡el dolor del mundo crispa tus artejos!

A la muerte tu alma desnuda se asoma;
¡y le brotan alas de águila y paloma!

Y guarda la tierra tus vírgenes actas
hermano gusano, tus sedas intactas.

¡Vive en el alba y el crepúsculo
adora el tigre y el corpúsculo,
comprende la polea y el músculo!

Que se te vaya la vida, hermano,
no en lo divino sino en lo humano,
no en las estrellas sino en tus manos.

Que llegará la noche y luego
serás de tierra, de viento o de fuego.

Por eso deja que todas tus puertas
se cimbrén, a todos los vientos abiertas.

Y de tu huerta al viajero convida;
¡dale al viajero la flor de tu vida!

Y no seas duro, ni parco, ni terco,
¡sé una frutaleda sin garfios ni cercos!

Dulce hay que ser y darse a todos,
para vivir no hay otro modo

de ser dulces. Darse a las gentes
como a la tierra las vertientes.

Y no temer. Y no pensar.
Dar
para volver a dar.

Que quien se da no se termina
porque hay en él pulpa divina.

¡Cómo se dan sin terminarse, hermano mío,
al mar las aguas de los ríos!

Que mi canto en tu vida dore lo que deseas.
Tu buena voluntad torne en luz lo que miras.
Que tu vida así sea.

—¡Mentira, mentira, mentira!

P A B L O N E R U D A .

LOS DURAND

(CUENTO)

Juan Fardot era un hombre de letras. Su portera, su peluquero, su vendedor de periódicos y su estanquero sabían que "escribía". Incluso su sastre acabó por saberlo, aunque él no se lo había confesado nunca.

Para atraerse al gran público decidió dar una conferencia. El tema fué cuidadosamente escogido: "Influencia de la Historia griega en nuestras costumbres: París considerado como inventor del primer hogar de Troya." Vino a verme y me explicó:

—Has de prestarme un servicio. Tú posees un frac. He alquilado un teatro pequeño, donde daré mi conferencia cinco veces en dos semanas. Tú vigilarás los ingresos y nos partiremos los beneficios.

Acepté. Si he de ser franco, debo confesar que la primera conferencia de mi amigo Juan Fardot tuvo un gran éxito. La sala estaba llena. Habíamos copiado—él y yo—en los días anteriores nuestros carnets de direcciones en grandes sobres, dentro de los que habíamos deslizado las invitaciones para esta sesión. Acabada la conferencia, volvió a reunirse conmigo, y me confió, no sin un poco de fatuidad:

—Ya ves qué bien ha ido esto... Es asombroso lo rápidamente que se da uno a conocer y cuán a prisa conoce uno a medio París. Es seguro que he hablado ante doscientas cincuenta personas, ¿eh? Pues bien; en todo ese público no he visto una sola cara que me fuera desconocida...

La segunda sesión no fué tan brillante. Para aumentar el número de espectadores fui a sentarme en la sala. Eramos ocho. Había colocado hábilmente una persona en cada palco, y yo me había instalado en la orquesta. No había lugar completamente vacío, y ello tenía un aire íntimo muy agradable. Al salir me creí obligado a dar las gracias a un caballero viejo que había pagado su localidad.

Juan Fardot manifestó el deseo de no recitar su tercera conferencia en las mismas condiciones.

Por la noche releímos atentamente nuestros carnets de direcciones. Después de tres horas de investigaciones descubrimos los nombres de dos amigos que nos habíamos descuidado de invitar. Ni aun consiguiendo que ocuparan diez localidades cada una de esas personas llegaríamos a ocupar más de veinte butacas. Por otra parte, Fardot creyó recordar al cabo de un rato que la primera había muerto y que la segunda había sido condenada el mes anterior a varios años de prisión.

Era preciso encontrar espectadores a cualquier precio. Propuse a Juan convocar en bloque a toda la magistratura parisiense. Objetó que en este caso lo más corto sería dar una conferencia en el Palacio de Justicia, y que, además, como todos los hombres de toga se conocen, produciría un efecto deplorable.

De repente, Juan se levantó, cogió su sombrero y salió. Unos instantes después, volvió con doscientos cincuenta sobres y una guía de París.

—Toma; escribe—me dijo.

Hojeó el voluminoso anuario y comenzó a dictar:

—Señor Durand, calle Frang-Bourgeois, 27. Señor Durand, calle de Mauberge, 43. Señor Durand, calle de Bellefond, 15. Señor Durand, calle de Felipe el Tenedor, en Neully...

—¿Qué haces?

—No te inquietes. Señor Durand, calle Lepic, 10. Señor Durand...

—¡Pero si estás invitando a todos los Durand del anuario!

—Sí, señor; hay trescientos ochenta. El diablo andará en esto si no conseguimos llenar el teatro.

Dos días después, a las tres y media, estaba yo en mi puesto recibiendo a todos los Durand de París. Es sorprendente: a pesar de que llevan el mismo apellido, poco se parecen. Hay Durand pequeños, grandes, gordos, delgados, rubios, morenos. ¡Y pensar que talvez descienden todos de un mismo Durand, ante el cual me quedé pasmado de admiración! Seguían entrando Durand. Un señor muy elegante me entregó su invitación, y como siempre es útil trabar conocimiento con personas importantes, le dije a media voz:

—El señor Durand, ¿no?

Saludó ligeramente y se alejó adulado y pensando seguramente: "He visto esta cara en alguna parte."

Pronto, un detalle que no habíamos previsto me embarazó un poco. Un caballero me dijo:

—Vengo solo; pero no tardará en llegar otra persona. ¿Me hace usted el favor de apuntar mi nombre y localidad para indicárselo cuando venga? Soy el señor Durand.

El señor entró en la sala, dejándose cruelmente perplejo. Traté de grabar su fisonomía en mi memoria. Parecía alto y rubio. Con preguntar al que viniera por algún detalle aproximado de aquella persona estaría el asunto arreglado.

En ese momento se aproximó otro y me dijo con exquisita cortesía:

—Ahora vendrá otro, que preguntará por mí. ¿Quiere usted tomar mi nombre? Soy el señor Durand.

Cinco o seis Durand me rogaron que tomara sus nombres, y abandoné la idea de grabarlos en mi memoria. Cuando venía uno diciéndome que era la persona de quien me había hablado el señor Durand, le contestaba:

—Entre usted, caballero; allí está, cerquita de la entrada... junto a los palcos... a la izquierda de la derecha del público...

Cuando Juan se disponía a salir al escenario, eché un golpe de vista a la sala. Estaba atestada. Los Durand son tan numerosos como las arenas del mar. Juan había recobrado la confianza en sí mismo y parecía muy satisfecho.

Y me quedé en la puerta. La conferencia empezó bien, y Juan iba conquistando un éxito, cuando llegó corriendo un caballero.

—Bien va—pensé—. He aquí uno que no quiere perder las primeras frases.

El caballero chocó conmigo y me preguntó:

—¿No sabría usted dónde se

FRAGMENTOS

He mirado en redor

... He mirado en redor, anheloso de algo verdaderamente mío, deslumbrado por el milagro, acosado por la soledad que, cada día, crece, crece. Vilanos errantes, van mis palabras sobre el viento imperceptible que mueve los espíritus. Mas, para ellas, no hay ventana de ansiedad abierta sobre el camino. ¿Dónde tender, entonces, nuestras pobres miradas mendicantes? ¿Dónde crispas nuestras manos extendidas en el vacío desmesurado?

Desde hace años, desde todo el ayer, he vivido tranquilo, ignorante de mí mismo, frente al fluir cotidiano de las apariencias. Siempre la casa antigua y maternal que todo lo atrae y diluye en una borrosa dulzura; los rostros que se llegan a desconocer de tanto verse, inclinados—siempre, siempre—sobre la tierra de los muertos; las voluntades castas y hacendosas, prontas al sacrificio humilde. Y en los objetos la misma opacidad: resignación incomparable, renuncia a la estéril recompensa de la rebel-
día y del sol.

Ahora, debatiéndome, con divino encarnizamiento lúcido, en este pantano de monotonía y de costumbre, me incorporo hacia la luz perdida; veo la indigencia de mi corazón, orgullosamente oculta bajo un hacinamiento de palabras sin sentido, de sonrisas mecánicas, de actitudes que sólo son una pobre defensa. Asisto al drama de mí mismo. Y heme aquí, caminando a través del tiempo y el espacio, abrumado por la culpa de comprender...

El deseo vagabundo

Blancos cuerpos vibrantes, velados por vestidos de Otoño, pasan, irradiando sobre mí la luz de la vida. Por las calles de la tarde me voy tras ellos, vacilante como un niño en la sombra, cegado por el resplandor de lo que no me pertenece. Como ayer, como siempre, el hastío me empuja de allá para acá, en búsqueda perpetua.

Mi ansia indigente se disgrega ahora, en las mujeres que pasan; se enreda al albo aleteo de manos y de senos; se acurruca en los rincones de las pupilas, y se va con ellas hasta abandonarlas a la vuelta de las esquinas o en los umbrales de las casas. Mis ojos, agrandados, parecen gemir la turbia angustia de mis entrañas; todo yo soy un llamamiento y una dádiva. Así, encorvado sobre una estela de fragancia y de misterio, me asemejo a una garra enorme tendida hacia la belleza fugitiva.

¿Quién soy yo que así vago y tiemblo y desespero, tras las finas siluetas que parecen cantar, al alejarse, en el crepúsculo? El deseo vagabundo, la locura balbuciente de poseer, sobre el césped ancestral o entre los cuatro muros de una estancia que limita el horror de la lejanía, y encierra el dulce grito de la carne penetrada.

Miro; camino; parece que huyo... Atravieso avenidas sombrías, calles, portales iluminados, hasta que, de pronto, me encuentro en una gran plaza, florecida de mujeres, de claridad, de música. Mendigo de realidades palpitantes, hambriento de la gran ternura que no viene, permanece ahí, inmóvil, tendiendo mi

silencio como una súplica. Las sonrisas resbalan por los rostros, parecen caer a mis pies; perfumes íntimos alletean en el aire y embriagan mis sentidos expectantes. Yo sé, yo conozco el drama de cada una, el drama del deso prisionero, de los sexos que tiemblan y se entrecierran como bocas suplicantes, bajo los vestidos de Otoño. Los veo, los veo. Mis ojos degarran sedas y terciopelos, se deslizan por suaves sinuosidades, hungen en la verdad... Y poco a poco, la multitud, los árboles, los ritmos de la sinfonía desgredada, la tarde, mi corazón, se van confundiendo en una misma niebla que se extiende y se extiende hasta alcanzar límites de pavor y de locura...

Del amor

Desde este banco donde me ha arrojado el cansancio de otra jornada estéril, los veo venir, muy juntos. Sus sombras danzan, entrelazadas, en el camino del crepúsculo. Ella mira el sol; él mira su rostro.

La ternura espléndida y una especie de pureza comparable a la aurora, deslumbra en las sonrisas que parecen desprenderse de labios y miradas como manojos de luz. Advino la palabra que canta en ambas bocas demasiado próximas:

—Siempre.

—Siempre.

Miro al hombre, embriagado de sí mismo y, a pesar de eso, ausente de su corazón. Gesticula, se inclina sobre la mujer como sobre un abismo; la belleza del mundo y de la tarde sólo existe, para él, en esos dulces ojos pensativos. En medio de la muchedumbre es un naufrago cogido desesperadamente a ese cuerpo que no ha penetrado aún, a ese espíritu que va al lado del suyo y, sin embargo, separado de él por todo el infinito.

La mujer sonríe, radiosamente orgullosa del don intacto que tiembla bajo sus vestidos. Espera conmovida, vislumbra la cercanía del gran drama de vértigo, de gemidos, de ternura feroz. ¿Hoy? ¿Mañana? Marchan hacia él, jubilosamente predestinados; es lo inevitable. Como la muerte, tiene que ser...

Después vendrá el hastío que aparta y abruma como un viento de invierno, o la costumbre que encierra en esa tellaraña de monotonía y de milagro que es la dicha.

Han pasado. Se pierden en la masa hostil. Detrás de ellos crece la sombra. Y yo sigo construyendo con terrible paciencia el destino de esa pareja, igual, en el fondo, al de todas las parejas humanas heridas por la misma belleza, cegadas por idéntica luz.

Cierro los ojos para seguirlos viendo... Ahora están junto a una mesa, pero ya, con los años, son otros. Tienen las almas y los cuerpos ajados; la sonrisa opaca; los gestos, lentos. Un silencio plácido y familiar. Como la luz de la lampara, cobija el vuelo de sus pensamientos. De improviso, el hombre alza los ojos; ella mira como una tarde remota; luego hablan. Viejos caminos, semblantes desvanecidos, toda la confusa verdad del pasado revive y parece gemir.

—¿Recuerdas?

—¿Recuerdas?

Inclinados, ávidos, son como dos

niños que descifraran un borroso libro de estampas. El dice:

—Igual que el destino, siempre has estado ante mí y, sin embargo, sólo ahora comprendo que no te conozco, que nunca te he conocido.

Recuerda los instantes en que sus cuerpos se entrelazaban en el orgasmo nupcial: ella y él cerraban los ojos, porque cada uno gozaba en sí mismo. Y cuando la angustia de vivir desgarraba porfiadamente sus almas, ella y él, mirándose, sonreían: porque cada uno sufría en sí mismo. Lúcidos implacables, disgregan el pasado, comprenden al fin, abarcan la verdad, toda la verdad. Ven la separación irremediable, el aislamiento de cada ser, la locura del amor que cree derrumbar muros y romper límites, el vacío donde la esperanza se tiende y se crispa como una mano mendiga. El continúa:

—Creí en mi amor hacia tí, y sólo he amado en tí un sueño mío. Un sueño casi tan largo como la vida, tan vano como ella. Estoy solo. Estamos solos. ¿Quién conocerá jamás mi verdad? ¿Quién conocerá tu verdad? La oración de todo creyente debiera decir: “¡Libranos, Señor, hasta la muerte, de la penuria de comprender!”

La mujer insinúa un gesto vago de súplica; sus labios tiemblan en un balbuceo, pero la realidad es una lápida que encierra sus tiernas protestas. Con los ojos bajos, solloza, ahogada de silencio y de verdad.

Eugenio GONZALEZ R.

Editorial “Claridad”

Obras en venta

La Doctrina Anarquista por P. Eltbacher	\$ 0.50
La Falsa Redención por S. Faure	0.40
La Dictadura de la Burguesía por S. Faure	0.40
La Libertad de Opinar por Carlos Vicuña Fuentes	5.00
La Cuestión Social por Carlos Vicuña Fuentes	2.50
La Conquista del Pan por P. Krópotkin	1.20
El Sindicalismo Libertario A. Pestana	0.40
La Tercera Internacional por C. Pereyra	1.50
La Reforma Educativa en Rusia por Ingenieros	2.00
Entre campesinos por E. Malatesta	0.40
Organización y Revolución	0.40
El Comunismo en América por Evangelina Arratia	0.40
Los Ciegos por Rafael Maluenda	2.00
Subterra por Baldomero Lillo	2.00

Todo pedido debe dirigirse al Administrador de “Claridad”, Casilla 3323, Santiago.

Crepusculario

libro de poemas de Pablo Nerida. Se está imprimiendo.

sienta el señor Durand? De prisa, de prisa, que no hay tiempo que perder.

—Ahí está, señor—dije señalando el vacío.

Miró y descubrió a un señor gordo en la primera fila de butacas, al que comenzó a hacer signos. Muy atento a la conferencia, el gordo no se daba por aludido.

—No se preocupe usted—dije al que creía atrasado—. Aquí tiene usted una butaca vacía.

Sin escucharme, el recién llegado, que demostraba viva agitación, ahuecó las manos a guisa de cuerno y gritó tan alto como pudo:

—¡Durand! ¡Hay fuego en su casa!

Como movida por un resorte se levantó la sala entera. El gordo, también. El escándalo, los empujones, los gritos inenarrables.

Juan Fardot murmuraba:

—¡Ah! ¿Por qué, Dios mío, no habré invitado a los Dupont?

Max et Alex FISCHER

PERIODICOS

Hemos recibido de México: “Variedades”, Guadalajara.—“La Revolución Social”, México, D. F.

Alemania: “Der Syndikalist”, Berlín.

Cuba: “Acción Consciente”, “Nueva Luz”, “Boletín del Torcedor”, Habana.

Honduras: “Hispano-América” “Ateneo de Honduras” “Boletín de la Escuela Normal de varones”, Tegucigalpa.

Costa Rica: “La Escuela Costarricense”, San José de Costa Rica.

Uruguay: “El Telégrafo”, Paysandú.—“Acción Cultural”, Montevideo.

Brasil: “Renascença”, Sao Paulo.

España: “Germinal”, Málaga.

Bolivia: “Arte y Trabajo”, Cochabamba.—“El Ferroviario”, Oruro.

Perú: “El Tipógrafo”, Huánuco.—“El Obrero en Madera”, Lima.

E. U. A.: “Boletín del Torcedor”, Tampa, Fla.—“Solidaridad”, Chicago.—“Industrial Solidarity”, Chicago.

Islas Baleares: “Cultura Obrera”, Palma de Mallorca.

Chile: “El Trabajo”, Temuco.—“La Justicia”, Talcahuano.—“El Sembrador”, Iquique.—“El Siglo”, Los Angeles.—“Pluma Libertaria”, Antofagasta.—“El Despertar”, Iquique.—“El Chileno”, Valparaíso.—“El Comunista”, Antofagasta.—“La Jornada”, Valdivia.

JUVENTUD

A SUS LECTORES Y AGENTES

Juventud aparecerá próximamente.

Para la vida regular de la revista en el futuro, pedimos una vez más a nuestros amigos de todo el país que nos ayuden cancelándonos lo que nos deben. Juventud carece de capital, su publicación demanda continuos sacrificios, justo es que, por lo menos, nos paguen lo que con toda confianza les hemos entregado.

Redacción y Administración:

Casilla 2771—Agustinas 632—

UN HOMBRE VALIENTE Y UTIL

(Un cementerio en las montañas. Un cortejo fúnebre. Al borde de la fosa un sacerdote. Se acaba un cántico. Peer Gynt aparece sobre el camino, fuera del cercado.)

Peer Gynt (deteniéndose en el umbral).—Nada, un ciudadano más que toma el camino del polvo humano. Afortunadamente, no soy yo. (Entra.)

El sacerdote (predicando).—Y ahora, queridos hermanos, mientras el alma se presenta al tribunal supremo y el cuerpo descansa, diremos algunas palabras del camino que el difunto recorrió aquí abajo.

No poseía fortuna ni talento. Su voz era débil, vacilante y apenas sabía gobernar su casa. En la iglesia parecía pedir humildemente el permiso de sentarse al lado de los demás. Como no ignoráis, era oriundo de Gudbrandsdal. Era casi un niño cuando vino a este país. Recordaréis haberle visto, hasta que murió, llevando siempre la mano derecha en el bolsillo. En esta postura su imagen se ha grabado en nuestra memoria. Añadid su aire embarazado y la reserva de su actitud cada vez que se hallaba en una reunión. Pero por mucho que prefiriese permanecer apartado y que siempre fué un extranjero entre nosotros, no ignoraréis sin duda el secreto que procuraba guardar: esta mano que llevaba siempre hundida en el bolsillo no tenía más que cuatro dedos. Me acuerdo aún, a pesar de que la cosa data de tiempo: una mañana llegaron a Lunde unos reclutadores. Entonces había guerra y todo el mundo hablaba de las calamidades públicas. Todos se preocupaban del porvenir del país. Yo estuve presente. El capitán estaba sentado detrás de una mesa, con el alcalde y el unos sargentos al lado. Uno después de otro examinaban, medían a nuestros muchachos, y les declaraban soldados. La sala estaba llena. En el patio resonaban las risas bullíciosas de la juventud. De pronto se pronunció un nombre y un "¡presente!" respondió al llamamiento. Se le hizo avanzar y llegó hasta el pie de la mesa. Su mano derecha estaba envuelta por un lienzo blanco. Tembloroso, tragando su saliva, sin hablar nada respondió a las preguntas del capitán. Al fin, sin embargo, enrojeciendo y con entrecortada voz, balbuceó unas palabras, de las que se desprendió que le había ocurrido un accidente, cuestión de una hoz que le había cortado un dedo. El silencio se hizo en torno. Se cambiaron miradas significativas, amenazadoras para el muchacho; los labios de muchos se contrajeron. Con la vista baja, el muchacho sentía que la tempestad se le echaba encima. De pronto, el capitán se levantó, escupió, alargó el brazo y le dijo: "¡Marchate!". El muchacho se fué, pasando por entre una doble fila de gente hostil. Al llegar a la puerta se echó a correr y ganó las alturas de las montañas. Atravesó bosques, escaló pendientes, corriendo siempre, hasta que llegó a su casa, en el fjell. Seis meses más tarde vino aquí con su madre, con unos niños y con una mujer con la que se casó tan pronto como pudo. Había desmon-

tado y cultivado un terreno en la landa que se eleva hacia el Lomb y construídose una casa. El terreno era duro, pero él logró ablandarlo, como lo atestiguan los terrones. Si en la iglesia tenía una mano en el bolsillo, bien se veía que en el campo sus nueve dedos trabajaban por diez. Una primavera el torrente le arrasó todo su trabajo. El y su familia se salvaron. Sin recursos, sin abrigo, púsose nuevamente a trabajar y antes de terminar el verano pudo verse en la montaña un nuevo campo de centeno, en un sitio mejor protegido que el arrasado. Sí, mejor protegido contra la inundación pero no contra el alud. Dos años más tarde todo quedó sepultado por una avalancha. Todo, menos el ánimo de este hombre. De nuevo se puso a la tarea, y tanto hizo y tan bien, que su casa estaba ya levantada antes de terminar el invierno, por tercera vez.

Tenía tres hijos, tres robustos muchachos.

La escuela estaba muy distante: donde termina el camino comunal; era necesario aun tomar por un sendero estrecho y abrupto abierto en la dura nieve. ¿Qué hacía él? Pues dejando que el mayor andara como pudiera y limitándose a sostenerle, cuando la pendiente era rápida, llevaba a los otros dos sobre sus espaldas. Así los condujo a la escuela durante varios años. Los hijos se hicieron hombres. Llegaba el momento de que le ayudaran a cambio de las fatigas por ellos sufridas... Tres ciudadanos acomodados han olvidado hoy, en el nuevo mundo, a su padre noruego y el camino de la escuela. Era un hombre de cortos alcances. Fuera de su pequeño círculo nada veía. Las poderosas palabras que hacen palpitar a tantos corazones eran letra muerta para él. Pueblo, patria, todo lo que hay de elevado, de sublime, estaba en él sumido entre nieblas. Este hombre era un humilde. Desde el día del reclutamiento parecía vivir bajo el peso de una sentencia, con la vergüenza en la frente y la mano oculta en su bolsillo. Ante la ley del país, ¿no era, acaso, un desertor? Sí, verdad es; pero hay algo que brilla por encima de la ley, como las altas cumbres que blanquean detrás del Glitterind y hacen descender sobre este glaciar las nieblas que lo velan. Era un mal ciudadano. Para la iglesia y para el Estado era un árbol estéril. Pero allí, sobre la cresta más alta; allí donde nuestros caminos se estrechan y borran; en aquel trabajo hacia el cual se sentía llamado, era grande, porque era él mismo. Su vida dió la nota que le era propia. Vibró siempre a la sordina.

Descansa en paz, modesto guerrero que luchaste y moriste en el humilde combate del campesino. Nosotros no tenemos el derecho de sondear estos corazones; pero tengo la firme creencia de que este hombre no se presenta como un estropeado y un inútil ante el tribunal supremo. (El cortejo se dispersa y aleja. Peer Gynt queda solo.)

(De Peer Gynt, poema dramático en cinco actos.)

Enrique IBSEN

IDEAS Y FIGURAS

LAS ROGATIVAS

Antes ¡que hermoso tiempo! Llovía cuando era necesario. Bastaba que un buen sacerdote hiciera una rogativa al aire libre. Los santos especializados en hacer las lluvias, tenían los oídos sensibles y escuchaban a los hombres y sin regañar atendían cuanto pedido se les formulaba. A la media hora de una rogativa cualquiera, comenzaba a caer la lluvia. Entonces el trigo no se pudría como ahora.

Es cierto también que los santos eran más jóvenes y que los creyentes no podían contarse con los dedos de las manos. Era otro tiempo, naturalmente...

Hoy, despiadado y terrible hoy, no se ven las espigas porque la tierra está endurecida. La lluvia, en el centro del país, tiene ya casi un sabor de leyenda.

Quizá sean los mismos santos quienes se oponen a la buena lluvia... Y hasta podría encontrarse razón porque cuando abundó el trigo el pan no estuvo menos caro que cuando escaseó. Y, como es cristiano suponer, los santos no pueden ver con buenos ojos que su acción sea monopolizada por unos pocos.

Pudiera ser que la suspensión de las lluvias se deba a olvido. La vejez y el olvido marchan siempre por el mismo camino.

Sin embargo no debía ocurrir así. En este momento la iglesia es atacada y si los santos no la ayudan, pudiera ser que el triunfo favoreciera a sus enemigos, "a los salvajes sin dios ni ley".

Los santos debieron reflexionar... porque si la iglesia se acaba, ¿quién creará en ellos?

NO ROBEIS POCO...

Los Tribunales recientemente condenaron a tres años de prisión a un campesino de Quillota.

El pobre hombre iba cierta vez arriando una vaca. Un señor dijo que era suya; pero el campesino también dijo eso mismo. Y—esto es indudable—la razón favoreció al señor. Un señor no se roba nunca una vaca sola.

AL MARGEN DE UN CONGRESO

No hace mucho se celebró en Concepción un Congreso de sociedades obreras mutualistas con gran aparato y pompa oficial.

Especialmente invitados asistieron al funcionario que representa al Gobierno en la provincia, el célebre obispo de la pastoral política, diversas otras personalidades (burgueses todas) y hasta un conspicuo representante del ejército.

Como se puede ver, la sesión inaugural estuvo un tanto bien adornada y prestigiada.

Como preliminar hubo una avalancha de discursos en que se preconizó la solidaridad obrera y se propició la ayuda mutua amplia y más de acuerdo con las necesidades de esta época moderna (textual).

En seguida se discutió larga e insustancialmente acerca de tópicos capaces de cimentar una mediocre fama oratoria de sus soste-

Ya el campesino debe estar más allá de muchas rejas. Su pequeño predio, seguramente, se arruinará, se llenará de zarzas, y la tierra se habituará a la pereza. Su mujer, sus hijos, ¡ah! se irán al diablo... pero ¡qué importa! No es la primera vez que ocurre algo semejante. Por lo demás este sacrificio permite aplicar la ley y servirá de experiencia a los demás hombres pobres.

Talvez esta experiencia no haga más honrados a los que quedan en la calle; pero los hará más cautelosos. Comprenderán que poner la mano sobre cualquier cosa insignificante es peligroso y hasta ridículo. No querran deshonrarse apropiándose de una vaca, un cerdo o una gallina.

Lo ideal sería que el robo fuese una metáfora y no una realidad. Mas, siendo un hecho, sin titubear uno prefiere que se realice originalmente. La originalidad renueva la vida, nos libra del tedio, nos salva de la monotomía y nos conduce a paraísos inefables.

Sí. Eso sería nuestro deseo: pero bien sabemos que nuestro deseo salta siempre por sobre las fronteras de lo posible.

Empero no nos apesadumbramos. Renunciamos a lo original por lo fuerte, por lo grande. Un robo desmesurado, audaz, es una buena demostración de fuerza y sabiduría. Y además abre las puertas más herméticas; hace trepidar las prensas; es una palanca para forzar la simpatía; es un símbolo. Y sabemos en demasía que cuando se adquiere una actitud simbolizadora, se adquiere por añadidura la fe del pueblo.

Posiblemente, cuando los representantes de la sociedad dan tres años por un pequeño robo, quieren significar que es la ineptia, la cordedad de genio, la tontería lo que en el fondo ellos anhelan castigar.

Si verdaderamente fuera esa su intención, más valdría que imitaran a los magistrados de Bolonia antigua que tenían una horca par colgar a quienes robasen menos de cien mil liras.

González VERA

nedores y se llegó, finalmente, a bellas conclusiones.

No es nuestro ánimo comentar estas conclusiones de un congreso al que asistió lo más granado que tiene el mutualismo penquista sino glosar brevemente lo que nos sugiere la realización de este congreso de "socorros mutuos".

Alguien aseguró con mucho acierto en cierta ocasión, que las sociedades mutualistas tenían como exclusivo objeto el cuidado de los enfermos y la sepultura de los muertos.

Y desde el siglo pasado, época en que tuvo su origen esta especie de organización obrera, esa ha sido la base única de su formación y mantenimiento.

Y por espacio de cincuenta años el obrero le ahorra ingenuamente al patrón el pago de atención médica de enfermedades contraídas, las

más de las veces, en la propia fábrica o taller, antihigiénicos como en la mayoría.

El obrero, explotado como lo es por el capitalismo absorbente y avaro, sacrifica parte de su escaso jornal para mantener organizaciones que le prestan la mezquina ayuda que pueden darle en algunos casos determinados, en vez de exigir el apoyo amplio y justo a que tiene derecho de su patrón.

Aparte del mantenimiento de la salud y de la sepultación de sus consocios fallecidos, las sociedades de socorros mutuos no tienen por delante otra obligación que satisfacer respecto del bienestar de los obreros.

No es cuestión que preocupe a estos organismos, generalmente dirigidos por obreros aburguesados y con cierto ascendiente oratorio sobre sus compañeros, la situación económica justa y holgada a que tiene derecho el proletariado; asimismo no le preocupa el abandono total y vergonzoso en que mantiene a las clases obreras el gobierno oligárquico que, desgraciadamente, todavía gobierna a nuestra nación; ni siquiera solidariza, por último, con los obreros caídos en desgracia a causa de patronos tiranos que explotan a sus operarios en una u otra forma. Las organizaciones mutuales dejan a estos camaradas entregados a su propia suerte.

Resumiendo: se limitan a su estrecha labor de la botica y de la empresa de funerales.

Y no se puede esperar otra cosa de organizaciones nacidas en el siglo pasado respondiendo a las necesidades de su tiempo, cuando aún no se planteaba con toda su intensidad y realidad el problema social que hoy existe con toda su fuerza arrolladora de necesidad imperiosa que necesita una amplia y justa solución.

Las sociedades mutualistas son instituciones anacrónicas que ya, por la fuerza de las circunstancias, tienden a desaparecer, acabándose con ellas la suplantación injusta de la cooperación patronal que lógicamente corresponde al obrero en vez de la sacrificada ayuda mutua.

El médico, la botica, los subsidios, así como numerosas otras garantías, corresponde darlos al patrón.

Por lo tanto las sociedades de socorros mutuos deben pasar a la historia de las patillas que nos legó el pasado siglo.

L. A. Sepúlveda M.

Concepción, 23-V-23.

SEMBLANZA DE UN PASTOR DE ALMAS

UN GRAN SEÑOR ECLESIASTICO

Todos saben que en Francia, antes de la Revolución, el primogénito en las familias nobles heredaba los títulos y las propiedades y se dedicaba, por lo general, a la carrera de las armas. A los segundones, a quienes no se les podía dejar propiedades, se les dedicaba a la carrera clerical. Se les destinaba así a los honores, a las prebendas, a las rentas adscritas a las altas dignidades eclesiásticas.

Nadie ignora que el más brillante de esos nobles eclesiásticos fue Mauricio Talleyrand. Apenas llegaba a la mayor edad y ya se le confería el obispado de Autun.

Dejando a cargo del obispado a vicarios candorosos y concienzudos, él derrochaba en París, en una vida petroniana, de gran señor opulento, las rentas fabulosas que producía un obispado que conservaba aún cierto carácter medio feudal.

Pero aun en su disipación, Talleyrand no dejaba de dar muestras de celo apostólico. De tiempo en tiempo escribía cartas a sus vicarios, anunciándoles que había obtenido de la Santa Sede—cosa que no de era difícil dadas sus influencias en Roma—valiosas gracias para sus diocesanos de Autun: la dispensa de algunos días de ayuno, la concesión de algunas indulgencias extraordinarias...

Como cosa sin importancia, en una post-data de tres o cuatro renglones, agregados a estas cartas Talleyrand pedía a sus vicarios que le enviaran fondos, aunque fuese comprometiendo con grandes descuentos las entradas del año próximo. A pesar de sus rentas cuantiosísimas, Talleyrand solía andar muy apurado de dinero.

EL RECUERDO INVOLUNTARIO

A muchos, la presencia de don Rafael Edwards en el clero de Chile, les trae involuntariamente a la imaginación el recuerdo de los segundones eclesiásticos de las antiguas familias nobles francesas. Y a no pocos les recuerda especialmente a Talleyrand, no por cierto en lo disipado o derrochador sino en lo hábil, en lo diplomático, en lo florentino, en lo singularmente diestro para hacer servir a sus fines los hombres y las cosas.

Se ve que el Sr. Edwards, como el brillante diplomático francés, sería el más indicado para deslizar palabras insinuantés o seductoras a los oídos de los reyes, de los presidentes, de los nuncios, de las mujeres hermosas, de todos cuantos son un poder, una fuerza, un prestigio, un encanto.

Su nacimiento, sus relaciones de familia, sus vinculaciones sociales, sus brillantes aptitudes, todo parecía destinarlo a las altas funciones y dignidades de la vida civil.

Pero el señor Edwards llegó una tarde a golpear las puertas del Seminario de Santiago. Luego vistió el traje talar, recibió la tonsura y emprendió los estudios eclesiásticos.

¿Un desengaño prematuro? ¿Ciertamente temor, casi involuntario, al desequilibrio entre una alta situación social y una situación económica no correspondiente a aquella? ¿La neurastenia, el cansancio heredado a consecuencia de la intensa vida llevada por los antecesores?

Sería difícil precisarlo.

Sin ser el señor Edwards en el Seminario un estudiante aplicado, tenía ya cierta facilidad de maneras, de palabras, de asimilación que suplían a estudios más profundos. Esta circunstancia, unida al prestigio de que lo rodeaban sus brillantes relaciones de familia, fueron título bastante para darle patente de alumno distinguido.

En tal carácter fué enviado a Roma, a continuar sus estudios en el Seminario Pío Latino Americano que fundó el clérigo chileno don José Ignacio Eyzaguirre, y en la Universidad Gregoriana, que dirigen, según entendemos, los padres de la Compañía de Jesús.

No parece que desplegara allá mucho ardor en los estudios eclesiásticos. Había entonces en el carácter del señor Edwards cierta aristocrática "nonchalance" que habría hecho difícil adivinar al hombre de tan extraordinarias actividades que hemos conocido más tarde.

Había en sus aficiones, en sus gustos, en su modo de ser algo del "dilettante", mucho de "amateur".

Un lienzo de Rafael, un bajo-relieve de Leonardo, una salmodia de Palestrina parecían atraerlo mucho más que las arideces de la "Summa" de Tomás de Aquino, o las crudezas de la Teología Moral de Alfonso de Ligorio.

Como quiera que sea, lo cierto es que pasaron algunos años, y un día desembarcó el señor Edwards en Valparaíso trayendo en sus maletas el diploma de Doctor en Ciencias Sagradas.

Vuelto al país, sus años se iban deslizando suavemente, sin que mostraran mucha prisa en llegar.

Profesor en el Instituto de Humanidades, no tenía las rigideces, las minucias, los escrúpulos de método del pedagogo profesional. Parecía más un conversador ameno que un maestro pronto a alzar la palmeta contra los estudiantes perezosos.

Del Instituto de Humanidades, pasó a la redacción del antiguo diario clerical "El Porvenir".

En un diario de que acababan de salir diaristas de tanto talento como don Rafael Gumucio y don Rafael Egaña, el señor Edwards supo también mostrar talento. No resultó un diarista profesional, pero se reveló un escritor ilustrado, un polemista urbano, un adversario cortés. No mostró más aficiones a las tareas de diarista que las que había mostrado a las tareas de profesor.

El señor Edwards, seguía envuelto en cierta aristocrática "nonchalance".

Sus grandes cualidades, sus brillantes aptitudes parecían gastarse o distraerse en amenos entretenimientos de "causeur".

LA AVENTURA INICIAL

Pero llegó un día en que la Compañía de Jesús creyó llegado el momento de iniciar ya en este país una de esas geniales aventuras para adueñarse de Chile, como se adueñó del Ecuador por medio de Gabriel García Moreno y de Colombia por medio de Rafael Núñez. Se necesitaba un hombre a propósito para trabajarse el Ejército y la

Armada. Con mirada águila, la Compañía de Jesús descubrió ese hombre en don Rafael Edwards.

Adormeciendo a los partidos liberales, con supuestas necesidades de carácter internacional, se logró introducir a don Rafael Edwards en las instituciones armadas con el título de Vicario Castrense y con sueldo, honores e influencias de General de Ejército y de Vice-Almirante de la Escuadra.

Jamás una elección ha correspondido más cumplidamente a los planes que para hacerla se tuvieron en vista.

Desde su ingreso a las instituciones armadas, el señor Edwards, como Saulo después de las visiones de Damasco, se transformó totalmente. Ya no se da de baja un cabo, no se contrata un corneta, sin que el señor Edwards lo vea, lo examine, lo controle, lo critique, lo juzgue.

Con actividad incansable está constantemente en las oficinas del Ministerio de Guerra, en las secretarías de las Cámaras, en las redacciones de los diarios, tratando de ejercer influencia decisiva en las destinaciones y ascensos de los oficiales del ejército y la armada.

Con un sistema de informaciones prolijo, ingenioso, admirable, él sabe perfectamente cuáles oficiales del Ejército y de la Marina, van a la iglesia, cuáles van a la logia y cuáles no van a la logia ni a la iglesia. Y todo lo va anotando y registrando minuciosamente, metódicamente, en libretas alfabéticas, con índices, llamadas y notas marginales.

Sin darse punto de reposo, con una movilidad que da vértigos, hoy está en Tacna, mañana en Magallanes, pasado mañana en la Isla de Pascua.

Cuando trata de impedir que vaya a la Escuela Militar un profesor de ideas liberales, asombra por su fertilidad en recursos. Pone en movimiento a las señoras. Las hace firmar solicitudes. Las envía a las antesallas de los hombres de gobierno y a las oficinas de redacciones de los diarios. Cualquiera día las hace llegar en correcta formación a la Plazuela de la Moneda. El se queda discretamente entre bastidores.

LA POSIBLE RECOMPENSA

En el plan habilísimo que está dirigiendo la Compañía de Jesús para entregar este país a la reacción ultra-montana, le está reservado al señor Edwards uno de los papeles más importantes. Se le destina a Arzobispo de Santiago y a primer Cardenal chileno.

Pero él sabe que para llegar a esas dignidades, le conviene tener muy gratos a los funcionarios del Vaticano. Por eso, apenas se anuncia la llegada del Nuncio señor Nicotra, el señor Edwards, sin miedo al frío ni a la "puna", se va a esperarlo a la Cordillera. Y ya no se le separa. Llega con él a Santiago. Bajo la techumbre prosaica de la Estación Mapocho, él inicia las aclamaciones románticas al enviado del Papa-rey. Luego oye decir que viene a Chile el Nuncio en el Brasil, señor Scappardini. Viene a Chile de simple turista. Pero no importa. El señor Edwards se apre-

UN LLAMADO

Los compañeros que se interesen por vender nuestro semanario pueden pasar por nuestra administración, diariamente, de 6 a 8 P.M.

BALANCE

Conferencia de González Pacheco a beneficio de "Verba Roja" y "Claridad", en el teatro Esmeralda (12 de Mayo de 1923).

Movimiento de entradas:

Entradas:	
Por M. S. 316 plateas; vendidas, 106...	\$ 106.00
Galerías 1,375, vendidas 98	39.20
Por H. M. 33 plateas; vendidas 8	8.00
Por G. V. 81 plateas; vendidas 8	8.00
Galerías 79 vendidas 7	2.80
Por E. C. 20 plateas; vendidas 7	7.00
<hr/>	
Entrada bruta:	\$ 171.00
Gastos:	
Aviso 2 días "Federación Obrera"	\$ 9.00
1,000 volantes y 100 cartelones	15.00
Pintar un cartelón	6.00
Propina 1 boleterero	2.00
Arriendo teatro	80.00
<hr/>	
Total de gastos:	\$ 112.00
<hr/>	
Entrada líquida	\$ 59.00
Repartido por mitades entre "Claridad" y "Verba Roja", corresponden \$ 29.50 a c/u.	

sura a ir a darle la bienvenida. Y ya no lo abandona. Lo lleva a conocer el balneario de Viña del Mar; le paga el almuerzo en Llay-Llay; le sirve en todas partes de cicero atento, obsequioso, servicial, discreto, urbano.

Un hombre de tan prodigiosa habilidad de recursos es, indudablemente, un hombre extraordinario.

En efecto, aún los observadores más apocados se dan cuenta de que el señor Edwards es uno de esos hombres que parecen predestinados a las grandes cosas, a las altas empresas.

Hay en la psicología rara de este hombre singular algo de los Bastidas, los Mosqueras, los Valdiviesos, esos grandes Arzobispos hispano-americanos que, irguiéndose frente al poder civil, suscitaron luchas intensamente dramáticas, las cuales, en la prosaica historia hispano-americana, tan llena de caudillos mediocres, de motines de cuartel y de fastidiosas cuestiones de límites, han quedado como notas raras que tienen mucho de romántico, de medioeval, de vagamente grandioso.

Ahora se ha estado hablando del señor Edwards para el obispado de La Serena. Parece indudable que el puesto de Vicario Castrense ha de tener para él más atractivos, más ventajas, más medios de influencia que el puesto de Obispo de La Serena.

Pero, posiblemente, en el escalafón eclesiástico el obispado de La Serena está más cerca que el Vicariato Castrense del Arzobispado de Santiago. Eso explicaría que el señor Edwards se interese por ser Obispo de La Serena.

El sabe que debe esforzarse por llegar luego al Arzobispado de San-

FILOSOFIA DE CANARIOS

Frente a la puerta de mi cuarto hay una jaula con canarios. Son numerosos. El elevado tono de su greguería interrumpió mi lectura. Los observo. Disputan por una hoja de lechuga. El más fuerte la defiende a picotazos de la voracidad de los demás. Se forma un grupo compacto; vuelan algunas plumas amarillas y luego el autoritario huye con la hoja. En un rincón de la jaula empieza a devorarla.

Los vencidos alisan sus plumas y ensayan un canto de indiferencia. Sin embargo, poco a poco se han ido acercando y con disimulo—sin despojarse de la imponente presancia con que cubren su golpeada dignidad de canarios—recogen las partículas que, en su afanoso picotear, el abusador lanza en todas direcciones. Pronto satisface su apetito. De buenas ganas volaría de un lado a otro de la jaula; pero no puede. Aquel pedazo de lechuga lo ha esclavizado; si se mueve los hambrientos caerán sobre él. Trata de cantar, pero las notas se ahogan en su garganta. Cierra los ojos y ante el menor ruido los abre sobresaltado. Y envidia entonces la falsa despreocupación de los vencidos. Y por los redondos ojos negros—como cabezas de alfileres—de los hambrientos, pasa también la sombra quemante: envidian la falsa felicidad del ahito.

¡Incomprensión y estulticia de canarios!

Pasada la nube de la disputa seguirán viviendo felices en el reducido espacio de su jaula. Nacieron prisioneros y a fuerza de recibir de la falsa mano cariñosa el alimento amargo se atrofió en ellos el ansia del vuelo.

Por eso pienso que, si algún audaz encaramado en un palo de la jaula des dijera: "¡Sois unos cretinos! Si en vez de pelear por una hoja de lechuga os unís para abrir esta puerta, podréis hartaros en los sembrados de los hombres", acallaría la voz del orador con la estridencia de sus gritos.

Y disipado un poco el bullicio las reflexiones sesudas se dejarían oír:

—¡Es una locura!—exclamarian los más viejos.—Si dejamos la jaula nos moriremos de hambre. Hacia donde dirijamos nuestra vista sólo veremos la estéril superficie de los tejados. ¿Dónde está la verdura? ¡Es una perfidia!

Y desde su rincón la aflautada voz del usurpador se haría oír:

—¡Es un mal canario! Nos incita a que salgamos de la jaula, para quedar solo y poder así comerse mi pedazo de lechuga.

¡Ceguera de canarios!

Luis Sepúlveda Alfaro

DISQUISICIONES SOBRE EL TEATRO

Para un observador el teatro es actualmente una fuente eficaz de copiosas experiencias.

Hay en su redor una ruma de estudios complejos.

El teatro ha representado y sigue representando la discontinuidad de la vida humana desarrollándose con pasmosa libertad, las arrugas de la vida de los hombres, la esclerosis de la espontaneidad perdida para siempre del arcano de la tierra...

El teatro en sí mismo, sin considerar a sus grandes cultores: Eurípides, Racine, Shakespeare, Ibsen, es un símbolo carnoso de la vida actual.

El teatro hecho por los hombres que hemos recordado, es uno en su fondo, en su emblema, en su arquitectura básica.

Lo que ellos pretendieron, como hombres y como intelectuales, fue captar la vida y alumbrarla donde era oscura, redondearla donde era

tiago y al Cardenalatón. Parece decidido a llegar, a subir. La Compañía de Jesús lo empuja.

Antonio PINTO DURAN

N. de la R.—Por el año 1917, cuando estaba pendiente el nombramiento de obispo de La Serena, "El Coquimbo" de esa ciudad publicó este artículo del más elocuente orador chileno de nuestros días. En atención a diversas circunstancias reproducimos esta silueta llena de esa sutil ironía de que tan pródigo se muestra siempre—en sus discursos, en sus escritos—don Antonio Pinto Durán.

fleteada, esmaltarla donde era opaca, rellenarla donde era un espantajo fofó!

Así se hace teatro.

Así se ha hecho el teatro humano a través de los ciclos históricos.

El teatro moderno es sólo un remodo del teatro de Molière y de Racine, la obra de estos hombres fué grande porque correspondía a la falsa apreciación del siglo; la antigüedad corpulenta los aplaudió!

Pero hoy el teatro frente a las turbas humanas—malas o buenas psicológicamente—es una de las tantas e incontestables pruebas de la decadencia.

Los hombres actuales van al teatro a buscar la esencia de lo que ellos creen que es la vida multifacetada...

Creen que se les va a mostrar un gran esquisse del Dolor por ejemplo! ¡Nada!

En suma ¿qué hacen los hombres que van al teatro, que viven y que quieren palpar la vida?

Sencillemente esos seres pretenden correr con las piernas atadas, pretenden ver y tienen las córneas tapadas con gruesas tónicas, pretenden pensar y tienen la cabeza tumefacta, pretenden postrarse ante el calor y se ciñen las muñecas con heladas pulseras!

Cuando en el siglo XVII en Francia se llevó a las tablas a personajes que eran un fragmento de la vida mundana, esos personajes parecían ¡un Job sanguinolento tocando una siringa! La gente que busca la vida en el teatro rechazó ese diapasón; un clamoreo de protesta incendió la plaza pública y se hundió en el ámbito del cielo!

La causa de esa exaltación colectiva estaba en que lo puesto en

escena cuando se alumbró el tablado, era la vida viva, eran escáfulas chuecas de enfermos, eran brazos que en su extremidad se abrían en cinco garfios!

Así se creó entonces el teatro sin vida.

El teatro tendría que velar la vida y la veló, la ahogó en atroces crespones!

Los falsos hombres aplauden frenéticos un Padre Nuestro que resuena en el proscenio a través de una garganta enyesada, en cambio el "Padre Nuestro que estás en los cielos", del Sermón de la Montaña los deja insensibles. ¡Ah! es que el Padre Nuestro del Sermón de la Montaña fué como un aullido espiritual articulado por un hombre que oraba solo, arrodillado en la piedra, con el rostro sin pinturas, con el cabello extendido sobre los hombros!

¡Pero gracias al Señor el teatro se derrumba!

Su andarivel tiene encima mucho lastre y su alambrado cruje y se vence.

Los sentidos humanos se refinan y se diferencian multiplicando a los individuos dentro del individuo. Los hombres ya más endurecidos, ante lo falso, no se precipitan con tanta violencia a la butaca del teatro...

El mechón engomado de un actor ya no les rasmilla es espinazo con una descarga nerviosa!

La vida tiende a entrar en su cauce, la vida arranca de las luces de Bengala, la vida huye de los continentes de cartón y se agolpa en los fértiles maderos, la vida huye del teatro afectado o bello, natural o monstruoso. ¡Para qué teatro, cuando cada uno de nosotros es un tablado con un títere empolvado!

Los que corren al teatro a extasiarse con actores que simulan y no sienten nada o si sienten son síntomas del sentimiento o abocastros de la pasión, los que van a mendigar vida—¡malditos mendigos!—son los seres que decaen, son los que no ven un símbolo en un bombo rodeado de brujas, ¡son los que no se llenan de gloriosa ternura ante el sueño invernal de los lagartos!

La Realidad, la entusiástica realidad nos presta sus brazos para rajar los muelles podridos...

El teatro no puede mantenerse fuerte, frente a la realidad de la vida, tendrá que desorganizarse; como físico oxidado por el aire de la mar!

Así pues, con calma en el espíritu, con helénica bondad, con profética anunciación, se puede prever la ruina de las bambalinas y tablados y de todas las groseras piruetas que dan la sensación extraña de un buey aprendiendo de memoria una oda del gran Virgilio!

II

¡Cuánto tiempo hace que pudiéramos haber destruido el teatro y no lo hemos hecho, porque somos granos eternamente acoplados, porque somos siameses de las grandes utopías, porque sólo pensamos en unirnos ¡como los cerotes de un cirio en lugar de hablar cada uno por su persona, y dar la manotada individualmente!

Combatamos al teatro, constituyendo en nosotros un teatro, así no tendremos necesidad de ir a ver teatro falso, porque tendremos en nosotros el teatro vivo!

Gildás LETARNEC

"Los Perales", 5 de Mayo de 1923.